

El llamador de la casa natal de María Zambrano

Toc, Toc... Llaman a la puerta de una casa en Vélez-Málaga en una tarde primaveral de 1904. En otra tarde de mayo de 1983, en Ginebra, alguien abre la puerta

OLGA AMARÍS DUARTE

El llamador de una puerta genera un sonido que rompe el silencio y que intercepta la monotonía del día convocando las nuevas presencias que se arremolinan frente a una morada. Un golpe seco, metálico, pone en funcionamiento una dialéctica sonora y espacial entre lo de dentro y lo de fuera, entre lo visible del exterior y lo íntimo del interior. Hace falta una vibración, un desprendimiento, para que los goznes de la puerta giren sobre su eje permitiendo la entrada del huésped. Hace falta una fricción para que se dé el recibimiento hospitalario. La imagen de un llamador o de cualquier picaporte es tentadora, implica una invitación. Anticipa el gesto de una mano que recoge su alteridad en un puño pidiendo permiso para entrar en el espacio del que otro es soberano. Y lo hace estableciendo un diálogo que comienza haciendo música, componiendo una de esas extrañas melodías que nos dice Zambrano que tiene una casa en sí misma, y que guarda relación con el ritmo, los timbres y los tonos de sus moradores, así como con los de sus visitantes esporádicos. ¿No ocurre igual con el pensamiento? ¿No es éste el invitado extranjero, a menudo inesperado, que viene a llamar a nuestra cancela?

El llamador de bronce de la casa situada en la calle del Mendrugo en Vélez-Málaga, actualmente la calle de Federico Macías, en donde nació María Zambrano o, si somos fieles a su propia declaración, en donde «nació medio muerta», es un detalle arquitectónico de gran interés tanto simbólico como estético. Este llamador dorado tiene ínfulas de belleza en la cuidada representación de una mano estilizada y brillantemente pulida

que porta un anillo en el dedo anular. En *Hacia un saber sobre el alma*, Zambrano profundiza en el componente estético de la vida porque: «vivir bien no es solamente cuestión moral sino de estética». Desenterrando el concepto griego de *aisthētikē*, la pensadora veleña sabe que en la belleza de los objetos se esconde un conocimiento que exige del ser integral una percepción sensible que es, a su vez, un sentir y un experimentar el entramado más sensual de la realidad. Los objetos son órganos sutiles intermediarios entre la experiencia cotidiana y el mundo del espíritu. En *Claros del bosque* se nos presentan como «cosas» en los que el alma puede reposar al fin sintiendo su propio peso.

El componente estético del llamador de la calle del Mendrugo evoca ese primer conocimiento de la niñez afinado por el roce sensible con lo amable del mundo. De aquella época en la que aprender era, todavía, una caricia noética en forma de una luz determinada, del brillo de unos colores y de una brisa incognoscible e innombrable, aunque de una radiante perceptibilidad. El llamador forma parte de esos murmullos privilegiados e irredentos de la memoria de una niña en Vélez-Málaga. Muy esclarecedor a este respecto es el testimonio de Joaquín Lobato, Secretario de la Fundación María Zambrano de 1987 a 2005, en donde recuerda el acto de entrega del llamador de la puerta a María Zambrano en Ginebra llevado a cabo por una comisión veleña. Según la declaración de Lobato, María lo recibió emocionada y, de forma sorpresiva, su voz volvió a ser la que una vez fue mientras jugaba en un patio de limoneros: «Aquí

pondría la mano mi padre». El relato que sigue es un viaje a través de los recuerdos agarrada a una mano que el tiempo ha convertido en un ancla:

«Vélez-Málaga es una ciudad mítica, mitológica. Yo he tenido siempre mucho honor de haber nacido en la calle Mendrugo. ¡Qué nombre más bonito! Me acuerdo del patio. Y me acuerdo de mi padre, que era muy alto, inmenso para mí en aquel tiempo. Me cogía en brazos hasta llegar a alcanzar el limonero. Tengo en la mejilla el roce de esa piel rugosa, fresca y perfumada. Ay, mi pueblito. Lo voy a ver pronto».¹

Un objeto de bronce que simula un miembro humano, importante es aquí la pose mimética, funge de catalizador de presencias sumergidas en el olvido a la espera de ser llamadas por su nombre. Nombrar, ya se sabe, es despertar, y de ahí que Mircea Eliade atribuya un componente trascendental a los objetos más cotidianos. En la filosofía zambranian, la misión de las «cosas» poco tiene que ver con su uso práctico (*uti*), y mucho más con su disfrute (*frui*) en el sentido agustiniano. Son escenarios en donde el ser humano habita y se reencuentra con el mundo de forma significativa. En «El vaso de Atenas» nos dice la pensadora que el vaso no es solo un vaso, sino el contenedor de una vida que se diafaniza desde la cristalización del transitar temporal. Contemplar un vaso, o un picaporte, es adentrarse en la «dócil entrega indescifrable» de «esa vida que se ha vuelto hacia adentro envuelta en su ser». Y así, desde Ginebra, a María le parece estar todavía escuchando unos golpes en la casa de la calle Mendrugo, pero no

como si estuviesen ocurriendo en ese mismo momento, sino traídos directamente de la inmediatez del ayer. Sintió entonces, quizás, que aquella mano la estaba llamando para que regresase al lugar de nacimiento, «a Madre», con una promesa encapsulada en el metal: «Et nunc manet in te».

1. Lobato, J., «Testigo de una visita a María Zambrano», en *Diario SUR*, Málaga, 1984.



Llamador de la puerta de la casa donde nació María Zambrano.